

El retorno de las huacas. Estudios y documentos sobre el Taki Onqoy. Siglo XVI.

Luis Millones (Comp.), Sara Castro-Klarén; Pedro Guibovich; Max Hernández; Moisés Lemlij; Alberto Pëndola; María Rostworowski y Rafael Varón.

Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Sociedad Peruana de Psicoanálisis, 1990, 451 pp. + 4 mapas, ilustr.

La importancia de las informaciones levantadas por Cristóbal de Albornoz fue evidente desde el momento mismo en que los investigadores supieron de su existencia. Su publicación, sin embargo, hubo de esperar hasta 1971, año en que éstas aparecieron en México gracias a los esfuerzos de Luis Millones. Hoy, casi veinte años después, su impacto es claramente visible. «Taki Onqoy» se ha convertido en un lugar común, en el nombre de un grupo de investigación y difusión de historia, en el tema para uno de los cuentos de mil palabras que la revista **Caretas** auspicia, y en muchas cosas más. Por momentos pareciera como que sólo faltaran los polos inscritos con las dichas palabras y el dibujo apropiado de Guamán Poma. En suma, más que un acontecimiento, el Taki Onqoy es actualmente un símbolo, y casi, casi, la quintaesencia de lo andino.

Este libro es un buen ejemplo de lo dicho. Consta de dos partes claramente diferenciadas, una documental y otra de estudios sobre el movimiento. La transcripción de las informaciones corrió esta vez a cargo de Pedro Guibovich Pérez, a cuya pluma también pertenece una feliz nota preliminar sobre el personaje y los documentos. Su trabajo, perfeccionista hasta grados casi obsesivos, nos permite contar ahora -y por fin- con un texto confiable, limpio de todas esas malas lecturas que infestaban la anterior edición. De este modo, la presente publicación casi llega a ser definitiva. Si no lo es, se debe a que no incluyeron la célebre «Instrucción para descubrir las huacas del Pirú con sus camayos y haciendas», también escrita por Albornoz.

El resto del libro está ocupado por unos utilísimos índices y por tres ensayos. De éstos, el mejor es, sin duda, el que corre a cargo de Rafael Varón, quien realiza una labor de poda que hace tiempo debió haber sido hecha. En efecto, la imagen que se suele manejar del Taki Onqoy es tan grandiosa que de haber conocido Albornoz a sus autores, sin duda que los habría llamado para que declararan a su favor. Varón reacciona en contra de esta grandilocuencia y explora todas las posibles líneas de investigación, mostrando al mismo tiempo una ejemplar disciplina y rigurosidad en el manejo de los datos. Deja así en claro que para poder entender mejor el fenómeno resulta imprescindible encontrar nuevas fuentes; que una adecuada comprensión del movimiento requiere de un mayor conocimiento de la historia y las creencias prehispánicas de la zona y, por último, que al igual

que en todos los demás casos conocidos de idolatrías, éste tampoco puede ser comprendido si se privilegia lo «andino» y se descuidan los intereses conflictivos propios del mundo colonial, en este caso el problema de la perpetuidad de las encomiendas y la pugna entre clérigos y religiosos.

Los dos ensayos restantes representan el reverso de la medalla. En ambos casos no existe el más mínimo respeto por la lógica de la historia. Ambos son ejemplos perfectos de la aplicación de una Teoría atemporal que hace innecesaria la labor del historiador, salvo en lo que al hallazgo y a la publicación de documentos se refiere. Especialmente deplorable es el trabajo de Castro-Klarén, con su absurda comparación del Taki Onqoy con un cuento de Arguedas. Lo único que demuestra con esto es que todo es posible cuando se juega con las «continuidades» de lo andino. Porque para tal caso, hasta el ordenamiento de este libro vendría a ser una manifestación de estas «continuidades». No en balde está dividido en dos partes, aunque no seré yo quien dictamine cuál es hanan y cuál hurin. De igual modo podría establecerse la tripartición en base a la calidad (no andinidad) de las partes del libro, y supongo que alguien con un poco de paciencia e imaginación (o locura) podría encontrar asimismo reciprocidades, verticalidades, redistribuciones y también -¿por qué no?- hasta un pachakuti. De lo que no estoy nada seguro es que un hombre del Ande se reconozca a sí mismo en todo esto.

JAVIER FLORES ESPINOZA